

ESCO- CIA

NARRATIVA

3/4/2018

VELÁZQUEZ



El problema más doloroso lo vivió con la última cepillada de la noche - esa que rara vez concretaba antes de apoyar la testa en la almohada enfundada en corazones - cuando escupió líquidos matizados de rojizos furiosos y amarillos rancios.

Yo nunca había notado cuántas veces visitaba el baño en el trabajo. Estaba ocupado en perseguir su desganada sombra y en conjurar gualichos silenciosos para defenderla del acoso frívolo del jefe.

El mate y el café le hicieron mella. Durante ese miércoles nefasto, descubrió que su vocación literaria masticaba el mismo aserrín que las polillas en su armario. Corroboró, por tanto, que ya no sería digna de ejecutar ninguna tarea que le diera placer y sostén y cereal para los niños.

¿Dirá la carta astral que las vicisitudes que afligen a las personas están escritas en las estrellas? El acto de cerciorar el mal presagio que uno pudiera haber tenido, el hecho de palparlo cuando el futuro se hace carne y con solemnidad se transforma en un hecho del pasado, provoca la incisión más dolorosa, interrumpe el letargo.

Nunca tuve las palabras correctas. Sentía cómo mi mirilla se desviaba justo al pasar por su lado. Comprendí muy tarde que mi concepción de cortejo estaba equivocada y que mi tristeza tenía cimientos firmes en mi estupidez de crío sabelotodo.

Había leído, en uno de esos artículos escritos por profesionistas del rebusque - vamos, gente que también tiene la osadía de querer ganarse el pan- que largar sangre por la boca no era un síntoma muy bien visto. Los facultativos de la salud esgrimen que es más bien preocupante y desagradable para cualquier señora que se precie.

Pero ella no era una señora y no estaba rodeada de médicos y era miércoles por la noche, el interludio de una semana asquerosa que había alcanzado el *súmmum* del absurdo en el horario donde las almas vagabundas parecen encontrarse en la esquina de un bar para convenir operetas tramposas.

Que aquel episodio haya sido el sinsabor más grande de sus últimos días y noches, tan sólo denotaba una extraña tranquilidad de vida burguesa con escasos sobresaltos - entre ellos podrían enumerarse la ausencia de aceite de girasol en desabridas ensaladas de hojas verdes o el abuso en el uso de banditas adhesivas para tajos firmados por Tramontina; es decir, pura banalidad que se me ocurre, descuidos ortodoxos. Ella era despistada, sus remeras arrugadas daban cuenta de ello.

Pero lo que era dañino era la mezcla. A su tradicional reposo se le sumaba, no sin poca frecuencia, una depresión simulada entre llantos de escasa durabilidad y aspirinas vencidas.

"La escocesa" (como le decían en la oficina, debido a que durante toda una semana de febrero sus atuendos variaron en color mas no en modificar las estampas cuadrillé), no la estaba pasando bien.

El formato de su álter ego, carismática criatura de edificio corporativo, estaba impregnándose en los recovecos de su cerebro que reservaba para su intimidad.

Yo intentaba inmiscuirse sin hacer sonar las alarmas, sin revelar mi condición de intruso, desprendiéndome del mote de fisgón o de curioso, exaltando mis facultades de buen oyente.

Beatriz, así se llamaba esta salvadoreña de 22 años, no podía con su genio. Desde que llegó a mi rutina, el despertador ya no me ladra.

Al compás de un tango doliente, se encontraba sollozando y haciéndose chistes muy malos acerca de su desgraciada suerte. "Debiera haberme llamado Soledad o algo por el estilo... Dolores...", me sugirió alguna vez entre pitadas a oscuras. Los cigarros contrabandeados de Cojutepeque me ponían a volar, y en su sonrisa de blancos dientes descansaba mi intelecto cuando la concentración se apagaba.

En claro complot, sus padres eligieron Beatriz para honrar a las abuelas que se llamaban igual y de segundo nombre Belén, haciendo alusión a la santidad, incitando al destino a dar las gracias pues las connotaciones bíblicas lo proferirían. Pero tan lejanos estaban los ángeles... esos días de tensa quietud.

Rasguñaba el desgastado revoque del costado de su cama. Sin uñas. Y una cama, cómo decirlo... envidiable. Sí, claro, envidiable: todos los días seleccionaba sábanas nuevas para ajustar meticulosamente en cada uno de los vértices redondeados de un colchón al que le sobraban resortes y esa famosa comodidad que resaltan los anuncios publicitarios cuando quieren vender algo que no es "tan así". A voto cantado, entre tanta tormenta, le grité que la acompañaría alguna noche, confidente empedernido, virtud del desasosiego.

Además, Beatriz tenía 4 almohadas de pluma de no sé qué bicho que se ajustaban a la cervical, logrando así que el día siguiente no fuera tan de mierda como la mayoría de las veces solía ser. Era cómoda la cama de Beatriz y en su desayunador dejé escritos varios papeles con frases pesimistas que daban mucha risa.

Tuvo muchos novios. Yo preferí mantenerme al margen de sus "poéticos" relatos, por eso no nos besamos aquella noche en que podíamos besarnos. Ella había interpretado correctamente mi enojo pueril, en dos mensajes de texto me tenía pidiendo disculpas, humillado. Decidimos darnos un abrazo, sentados a la vera del somier, a la orilla del deseo y en vilo nuestras almas.

Como en casi todos los dibujos animados, las corrientes de viento conspiran para derrumbar a quien se muestre más débil en una rama machucada de un árbol viejo: la perfecta metáfora que definía su presente.

Enfrentaba como podía el viento. Yo, sólo ofrecía paraguas y le convidaba *muffins* dietéticos. Siempre a destiempo.

Y ella volvía a rasguñar la pared. Retozaba con sigilo tratando de no despertar a sus propios demonios que aguardaban agazapados el momento de atacar su conciencia.

Sentada, las rodillas le llegaban al pecho rozando unos pechos que no admiten adjetivo alguno (por miedo a quedarme corto en el halago). La vi indefensa una tarde en una esquina, aprovechando su recreo de media mañana.

Hacia calor y tenía puesto un short de jean. Con los brazos, sostenía sus piernas depiladas, como si quisiera ponerles un candado. La energía culminaba en el entramado de los dedos.

Ese cerrojo duró un rato, hasta que el calambre se hizo inminente y, otra vez, mientras urgía el cambio de posición, nuestras miradas se encontraron. Yo me reí para adentro y estoy seguro que ella soltó una lágrima, pero haciendo muchas fuerzas para retenerla.

Un paso de comedia metódico.

El insomnio tiene facetas desconocidas; adopta la cara de cada individuo al que afecta y la altera haciendo morisquetas, para que uno no pueda identificar al enemigo y adormecerlo.

No poder dormir provoca un raro sentimiento de acción que se entrefiere con la propia falta de voluntad (que también transmite). Es el más filosófico de los pesares humanísticos, tal vez el que más se contradice. De acuerdo con lo que Beatriz me relata día por medio, el insomnio se mueve.

Los límites que diseña hacen que gritemos desconsolados en forma de indignación de red social, por Internet, que salgamos al balcón a fumar o que nos emborrachemos en un banco de plaza.

Jamás le dije "escocesa", y tampoco la llamaba por su nombre. Me parece un tanto cinematográfico el nominalizar a una persona, sobre todo cuando la conversación no involucra a un tercero. ¿Para qué? ¿Cuánto hay de confrontación en el deseo oprimido? ¿Soy yo hablándole a Beatriz o es ella que, callada e inmutable, me interpela y me seduce? No me pondré a divagar nunca más frente a ella, a menos de 10 centímetros de su nariz.

Una noche, divisé en Beatriz un comportamiento que escondía un ruego: más allá de todo su escepticismo emocional, esputó el plasma rojo que desconoce pulgadas, pero sabe bien de tajos, agujeros y heridas y viaja por todo nuestro complejo engranaje; no le quedó otra que suplicar.

Y la apretujé como si fuera la última vez que un beso nos esquivara. Y le conté que a mí también me duelen ciertas cosas y que hay un muelle en Acajutla donde no te piden documentación. Lo leí una vez en un informe cuando, sin querer, me encontraba planificando mi vida en el extranjero.